El inigualable orgullo del conscripto naval

Contralmirante (r)
Federico Salmón de la Jara

La adquisición, a fines de 1959, de los cruceros británicos *Newfoundland* y *Ceylón* representó trascendental acontecimiento en los anales de la Marina. Después de más de medio siglo se reemplazaba ventajosamente a los dos viejos cruceros escolta que constituyeron la base de nuestro incipiente "poder naval en superficie" y que fueran inolvidable escuela de formación de muchas promociones de oficiales en todos los grados de su carrera naval. La llegada al Callao, el 31 de enero de 1960, del nuevo buque insignia, el BAP *Almirante Grau,* conmovió profundamente a todo el país. Una multitud calculada en un cuarto de millón de peruanos, colmando prácticamente las riberas chalacas desde La Punta hasta la Base Naval, se dio cita espontánea para recibirlo jubilosamente.

Son conocidas y aun publicadas algunas de las vivencias y anécdotas ocurridas durante la recepción en Portsmouth, el viaje inicial y la llegada al Perú. Va aquí una que recuerdo con particular sentimiento. Ya en aguas peruanas, y disponiendo del margen de horas suficiente para arribar a Ancón a la hora y fecha señalada por la superioridad, al atardecer del día 29 se dio fondo en Lobos de Tierra para limpiar la obra muerta y desmanchar la pintura del casco, deteriorada en parte por el mal tiempo de la travesía en el Atlántico. Tenía que hacerse la faena desde el amanecer para reemprender la navegación cuatro horas después, dictándose para ello las órdenes correspondientes. A 0700 horas del siguiente día, fui visitado por el segundo comandante invitándome a subir a cubierta. Al pisar la toldilla presencié un espectáculo inovidable: No menos de cien botes pesqueros de todo tamaño, venidos de las mismas

islas, de Eten, Pimentel, Paita, o de cualquier caleta vecina, rodeaban al buque por las dos bandas, de proa a popa. Sobre ellos, sus tripulantes, codo a codo con los integrantes de la dotación, limpiaban al unísono los costados, en medio de contagiante alegría. Me llamó particularmente la atención uno de los botes tripulado por seis pescadores capitaneados por un anciano de no menos de 80 años. Invitados a subir a bordo se identificaron como la "Familia Fiestas", abuelo, padre y cuatro hijos. El viejito, tremendamente conmovido, nos contó haber servido "*a bordo del Grau, allá por el año 1920*" y recordaba perfectamente muchos nombres de oficiales y tripulantes de su época, explicando a su hijo y nietos muchos detalles de "su buque", que él creía era el mismo que ahora visitaba, "*pero agrandado por los gringos en Inglaterra*"... Fue difícil hacerle ver que "*su GRAU*" era "*otro GRAU*", y todavía me queda la duda si valió la pena decirle la verdad, ya que realmente lo importante fue el el extraordinario mensaje que este viejo pescador nos dejó profundamente grabado. "El orgullo de haber sido marinero del *GRAU*".